

La vieja se levantó tambien y poniendo la mano de Dolores entre las suyas descarnadas la dijo :

—No das crédito á mis pronósticos , y esta entrevista , segun creo , será la última que tengamos ; pero antes quiero proponerte algun medio de conciliacion . ¿Qué prueba exigís para creer en mis vaticinios?

—¿Qué prueba?

—Sí , Dolores . ¿Qué prueba exigés ?

—No encuentro ninguna bastante .

La vieja dejó la mano de Dolores , dió una vuelta por el aposento , manifestándose enojada , se aproximó á una ventanilla , la entreabrió , miró por ella un breve instante , la cerró de nuevo , y llegándose al fin á la jóven la dijo .

—¿ Creerás en mi ciencia , Dolores , si ves ahora mismo á Manuel ?

—Si veo á Manuel , replicó la jóven , creeré en todo cuanto V. me diga .

—Pues bien , lo verás muy en breve .

Cogió la vieja su grande espejo , lo colocó en una pared , agarró á Dolores por la mano , y conduciéndola delante del espejo , la dijo .

—No te muevas de este parage , cierra los ojos , y los abrirás cuando yo te avise .

—Asi lo haré .

—Júrame , Dolores , guardar un profundo si-

lencio y no revelar á nadie ni por nada lo que veas aquí.

—Yo lo juro.

—¿Por qué me lo juras, Dolores?

—Por la salvacion de mi alma y por la gloria de mis padres.

—Jurámelo por algo mas.

—Por el cariño de Manuel.

—Basta, Dolores. Cierra los ojos y los abrirás cuando yo te toque en el hombro.

La jóven cerró al punto los ojos, Teresa se llevó la luz, ocultándola con cuidado, abrió la misteriosa ventanilla, tan exactamente ajustada en la pared, que parecia parte del lienzo, y tocó en el hombro á Dolores. Abrió esta los ojos con afan, y vió en el espejo á Manuel vuelto de espaldas hácia ella. Muy poco pudo contemplarlo, porque entre Manuel y el espejo se fué colocando una sombra, cuyas facciones no pudo distinguir bien Dolores, por aparecer muy confusas en la oscuridad del aposento, pero sí los ricos bordados que decoraban su uniforme. La sombra desapareció y todo se quedó en tinieblas.

—¿Qué has visto, qué has visto, Dolores? preguntó la vieja acercándose.

—He visto, replicó la jóven, sin poder dominar su emocion: he visto á Manuel vuelto de espaldas.

- ¿Le has conocido bien?
- Lo mismo que si fuera en medio del día y en mi propia casa.
- ¿Crees ahora en la ciencia?
- Sí creo.
- ¿Por qué le has visto de espaldas?
- No sé.
- ¿No sabes explicarlo?
- No.
- Pues yo te lo diré, Dolores. Tú le has visto vuelto de espaldas porque huye de tí.
- La pobre jóven ahogó un doloroso suspiro.
- ¿No has visto nada mas?
- Sí he visto.
- ¿Qué has visto, Dolores?
- Una sombra que se interpuso entre Manuel y yo.
- ¿Esa sombra tenia algunas señas?
- Llevaba un rico uniforme bordado.
- ¿Y cómo la viste?
- De frente.
- ¿Sabes explicar por qué?
- No.
- Porque mientras Manuel te huye, ocupa esa sombra su lugar y se acerca á ti con paso lento.
- ¿Quién es esa sombra?
- Es un astro que da tanta luz como el sol.
- Es el hombre á quien perteneces.

Dolores sintió un sudor frío, pero la profunda admiración que hacia tiempo la rodeaba no la permitió desplegar los labios, y la vieja prosiguió.

—Dolores, ¿qué ves ahora?

—Nada.

—¿Nada ves?

—Nada. ¿Estaré, por ventura, ciega?

—¿Nada ves, Dolores?

—Nada veo.

La vieja dió una carcajada, y Dolores cayó de rodillas exclamando.

—Piedad, señora; yo estoy ciega, y no me avisó V. que podia perder la vista. Por Dios, piedad.

La vieja dió otra carcajada.

—¿Pero qué va á ser de mí, señora, sola en el mundo, sola y ciega. Vuélvame V. la vista, por Dios, y la serviré como esclava: ¡una muger ciega, Dios mio!

Nueva carcajada de la vieja.

—He oido contar, prosiguió Dolores, que ciegan los que ven prodigios.

—Asi es la verdad, hija mia.

—¿Y yo estoy ciega?

—Calla, Dolores, que para todo habrá remedio.

—¿Recobraré la vista?

—Sí, hija mia; pero escúchame con aten-

cion. Permanecerás arrodillada, con las manos cruzadas sobre el pecho, y cerrarás muy bien los ojos. Sentirás una mano blanda que estrechará con amor la tuya, despues unos labios ardientes que se posarán sobre tus labios, unos brazos que ceñirán tu esbelta cintura.

—Esos labios serán y esos brazos....

—De un ser misterioso, Dolores, que te hará recobrar la vista cuando te mande abrir los ojos. ¿Estás dispuesta?

—Sí lo estoy.

—Pues cierra los ojos y espera.

—Ya están cerrados.

—Bien, Dolores.

Teresa se alejó de la jóven, y á pocos momentos una suave claridad, muy semejante á los primeros rayos del alba, se fué derramando por la estancia. Su escasa luz permitia apenas distinguir los objetos que tomaban formas caprichosas y en cierta manera fantásticas. Aquellos muebles tan antiguos, tan rotos y sucios, parecian colocados en los profundos subterráneos de algun encantado castillo, y los enseres derramados sobre la gran mesa de mármol recordaban un dia de sábado en el camarín de una bruja. Dolores, con los ojos cerrados y sobre la estera arrodillada, parecia la estatua de un sepulcro debida á un cincel mas creador que el de Fidias y Miguel Angel, ó mas bien la

sombra evocada de la beldad que allí yacia. Su pensamiento vacilaba entre la esperanza y la duda, y sus miembros estremecidos manifestaban bien la lucha que estaba sufriendo su interior.

Una mano cariñosa y blanda, como habia dicho antes Teresa, apretó la mano de Dolores, que se estremeció á su contacto, como la tierna sensitiva al del caminante que la toca. Aquella mano se obstinaba en oprimir la de la jóven y revelaba la ternura de una persona conmovida por sensaciones muy violentas. La mano se abrió de improviso, y robustos brazos ciñeron la esbelta cintura de Dolores. A esta presion se estremeció mas la amante de Manuel, sintió las violentas palpitations de un corazon que sobre su corazon latia y en ardiente aliento que quemaba la encendida tez de su rostro. La jóven intentó desprenderse, pero aquellos brazos robustos eran un templado círculo de acero que no la dejaba respirar, y ademas temia resistiéndose no recobrar la vista que habia perdido, según su propio convencimiento y las aseveraciones de la vieja. A pesar de tan grave temor entreabrió sus párpados un poco, y percibió la débil claridad que iba iluminando el aposento. Sus párpados volvieron á cerrarse, un aliento tan inflamado como el sople de los vol-

canes bañó su rostro enteramente, y sobre sus labios se posaron unos labios secos y ardientes. A su contacto se aumentó el estremecimiento de Dolores, y no pudiendo contenerse, abrió los ojos exclamando:

— ¡Mas luz, mas luz!

— ¡Mas luz! gritó tambien entonces una voz robusta y varonil, y el aposento se llenó de sorprendente claridad.

A esta voz lanzó un grito Dolores, y dando una brusca sacudida logró desasirse de los brazos que la ceñian, se puso de pié con presteza, y contempló á Joaquin Murat que la miraba fijamente.

Dolores se pasó la mano repetidas veces por los ojos, miró al Gran-duque con estupor, y dijo con voz sorda.

— ¡Dios mio, yo estoy soñando todavia!

El gran duque se acercó á Dolores, la cogió una mano, que la jóven no pensó entonces en retirar, y la dijo:

— No soñais, Dolores: estais en presencia del gran duque.

Esta voz desvaneció un poco la fascinacion de Dolores, retiró la mano que le habia cogido el Gran-duque, y recobrando alguna parte de la altivez que le era propia preguntó:

— ¿Qué quiere el gran duque de mí? ¿Cómo se encuentra en este aposento?

—Yo no sé, replicó el gran duque, cómo he venido á esta habitacion miserable, ni quién me ha conducido á ella.

—¿Es posible? preguntó Dolores, aumentando su admiracion.

—Asi ha sucedido, señora. ¿Me habeis preguntado qué quiero, y á eso sí puedo responder. Quiero vuestro amor.

—¡Jamás, jamás!

—Es indispensable que me ameis.

—Nunca.

—Los hados lo quieren.

—Gran duque, hace quince dias que me persiguen con esa misma cantinela, y siempre respondo: jamás.

—¿No creéis en la ciencia?

—Sí creo y esta noche mucho mas que nunca: pero mas crédito que á los naipes y á los aparecidos doy á mi corazon.

Murat se acercó mas á Dolores, y dando al sonido de su voz una entonacion imponente, pronunció á intervalos estas fatidicas palabras.

—He salido de mi palacio contra mi voluntad, Dolores: espíritus fuertes é invisibles me han conducido á este aposento: nuestro destino es invariable; se cumplirá lo que está escrito.

—Sí, pronunció una voz sonora, que pareció bajar del techo.

Dolores tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón ; tanta impresion le habia causado aquel solemne sí pronunciado por un espíritu invisible. Murat se aproximó á la jóven aprovechando aquel momento de supersticioso terror , la presentó un sillón con afectada galantería , y sentándose en el otro dijo :

—¿Ha oído V. la voz del oráculo ?

—Sí.

—¿Y cree V. en él ?

No sabia qué responder Dolores , y sus ojos inquietos vagaban por el miserable aposento : todos los objetos que habia en él aumentaban su fascinacion y en todos hallaba recuerdos que la enloquecian mas y mas. Las barajas le habian predicho lo mismo que repetia el gran duque ; el espejo le habia mostrado una gran sombra interponiéndose entre ella y Manuel : una voz que descendia del cielo ó se elevaba del abismo confirmaba las predicciones y las palabras de Murat. ¿ Qué podia hacer una muger contra tan terribles seducciones ? Vacilar , dudar y confundirse.

—Cree V. en el oráculo , Dolores ? repitió el gran duque.

Dolores movió la cabeza.

—¿Cree V. en el oráculo ?

—El oráculo ¡ay ! el oráculo. No me preguntéis , señor , estoy loca.

—¿Qué os aqueja?

—¡Cuánto he sufrido! No puede resistir una muger tantas y tan fuertes sensaciones.

—Dolores.

—Dejadme, señor.

—No recordeis lo que ha pasado, y ocupémonos del porvenir. Yo soy, Dolores, poderoso.

—Poderoso: murmuró Dolores con una profunda distraccion.

—Tengo oro bastante para llenar este aposento.

—Oro.

—Mando con omnímodo poder á cien mil soldados.

—Cien mil soldados.

—Los reyes padres me suplican y Fernando VII me teme.

—¡Mentira!

—¿Qué habeis dicho?

—Un rey de España rodeado de sus fieles súbditos no puede temer á nadie.

—Bien, Dolores; no hablemos de eso. Mi poder, mi oro, mi fortuna y mi espada están á vuestros pies.

—¿A mis pies? No entiendo este lenguaje, señor.

—Me explicaré mas claro, Dolores. Yo os amo.

—¿Me amais, señor?

—Sí, Dolores, te amo, te amo.

—Desechad ese mal pensamiento.

—No es posible que lo deseche. Quince dias hace que os conozco, y no os apartais un momento de mi memoria.

Los rosados labios de Dolores dejaron vagar una sonrisa á la par amarga y desdeñosa: el gran duque prosiguió.

—No creais que alimento fugaz capricho, aficion liviana y pasagera: tengo un amor constante, inmenso que me devora y me consume, que me da calor y me mata. Tengo amor voraz y tambien celos

—Celos, repitió Dolores reanimándose. ¿Teneis celos? Yo tambien los tengo y es mala enfermedad, señor.

—¡Dolores!

—¡Oh! cuánto he sufrido y cuánto sufro con mis celos. Paso las noches sin dormir, cada dia me parece un año, veo hermosos rostros de muger que sonrien á un hombre, torneados brazos que lo ciñen, purpúreos labios que lo besan, y....

—¡Dolores!

—Sufro tanto, padezco tanto....

—Mas sufro yo mil y mil veces. ¿No habeis oido que yo os amo?

—Sí, dijo Dolores sonriyendo. ¿Y no habeis

oido que yo os dije: desechad ese mal pensamiento?

—Es imposible.

—Pues sufrir como sufro yo. No puedo dar otra respuesta.

—Sufrir sin esperanza, Dolores, es cien veces peor que morir.

Dolores volvió á sonreirse; esta sonrisa ofendió al gran duque que prosiguió.

—Dolores, no quiero morir á fuego lento, quiero gozar ó perecer.

Dolores volvió á sonreirse: el gran duque continuó:

—Estoy decidido á poseeros, y sereis mia.

Nueva sonrisa de Dolores.

—Me estais provocando, señora, prosiguió Murat levantándose y dirigiéndose á Dolores: la jóven se levantó tambien, y empezó á brillar en sus ojos la llama de su noble orgullo y de su indomable fiereza: el gran duque continuó:

—Me habeis vuelto loco, señora, y recurriré si es preciso hasta á la fuerza.

—Hasta á la fuerza; repitió Dolores, y sus ojos destellaban como calbunclos. ¿Hasta á la fuerza, gran duque de Berg? Antes de recurrir á la fuerza, osar mirarme frente á frente sin bajar los ojos, gran duque.

El guerrero quiso arrostrar aquella mirada

poderosa; pero sus ojos se bajaron, y anchas gotas de sudor frio bañaron su tostada frente.

—Señora Teresa, dijo entonces con voz ir-
ritada Dolores.

La vieja no la respondió: entonces diri-
giéndose al gran duque, le dijo:

—Llamad, señor, á esa muger.

—Señora Teresa, dijo Murat que continua-
ba fascinado por la mirada de Dolores.

La vieja se presentó al punto: Dolores dijo:

—Cuidad, señora, del gran duque, que yo
estoy dispuesta á marcharme.

—Si S. A. quiere separarse, replicó la vieja
con calma, deberá marcharse el primero, por-
que vino el último, Dolores, y es preciso que
asi suceda.

El gran duque inclinó la cabeza, manifes-
tando que asentia: la vieja le presentó una ca-
pa, Murat se la echó sobre los hombros, y sin
atreverse á cruzar sus miradas con las ardien-
tes de Dolores, salió de aquella humilde es-
tancia.

Manuel luchaba todavia entre preocupacion
y duda: el gran duque pasó á su lado con su
natural arrogancia, y Manuel contempló con
saña los bordados de un uniforme que desper-
taba toda su ira contra el ejército francés. Se
llevó la diestra á su pecho, y pocos momentos

despues brilló la desnuda hoja de un puñal; pero en el punto de lanzarse sobre el indefenso Murat, se entreabrió la puerta de la vieja y apareció en ella Dolores.



CAPITULO XIV.

La Audiencia.

Aun permanecía el rey Fernando bajo la impresion desagradable que le habia causado la nota de D. Eugenio Izquierdo, cuando le anunciaron que esperaba el edecan de Bonaparte: mandó al punto que lo introdujesen, y le esperó sentado en el trono vestido de grande uniforme y rodeado de sus consejeros, menos el ministro de Estado, á quien acababan de llamar para un negocio muy urgente.

No se hizo esperar Savary, adelantándose con despejo hasta el pie del trono del monarca: el rey Fernando le miró con aquella mirada fija que le hacia no olvidar jamás la fisonomía que habia contemplado un instante, y procuró conservar ante él severo y altivo continente.

El general Savary era el hombre mas á propósito del mundo para misiones delicadas: ocultaba « bajo un exterior militar y franco » profunda disimulación y astucia » y era imposible leer en sus ojos lo que pasaba en su interior. Se inclinó delante del monarca, y le dijo:

—Señor, tengo la honra de cumplimentar á V. M. en nombre de S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

—Recibo, replicó el rey Fernando, con júbilo esta muestra de buena amistad hácia mi persona que me da S. M. I. y R. el emperador de los franceses. ¿Cómo está S. M.?

—Bueno y en camino para esta córte.

Los cortesanos se miraron; el rey guardó silencio y Savary prosiguió:

—Después de cumplimentar á V. M. en nombre de S. M. I. y R. el emperador de los franceses, debo preguntarle en el mismo. ¿Los sentimientos de V. M. respecto á la Francia están conformes con los del rey augusto padre de V. M.?

—Mis sentimientos respecto á la Francia, dijo el rey, son en un todo iguales á los del rey mi augusto padre.

—« En ese caso S. M. el emperador, prescindiendo de lo ocurrido, no se mezclará en nada de lo interior del reino, y reconocerá desde luego á V. M. por rey de España y de las Indias.»

Estas palabras produjeron en el ánimo de los concurrentes un efecto maravilloso. El Infantado dió á San Carlos las mas cordiales enhorabuenas, y Escoiquiz tenia que violentarse para no manifestar su júbilo con vítores y con aplausos. El semblante del jóven rey se desarugó de repente; solo Gil y Lemus permanecia triste, taciturno y severo.

—No esperaba menos, dijo el rey, de la benevolencia que siempre me ha manifestado el emperador. Sabré agradecerlo como debo, y podeis asegurar á S. M. I. y R. en mi nombre que no tendrá mas fiel aliado ni mas constante y tierno amigo.

—Señor, ya he tenido la honra de hablar á V. M. en nombre del emperador; y si V. M. me lo permite tendré tambien la de hablarle un momento en el mio.

—Hablad, general, cuanto querais.

—S. M. el emperador salió de París el mismo dia que yo.

- ¿S. M. salió de París?
- Y aunque haya tenido que detenerse en algunas ciudades del tránsito, ya estará, señor, en Bayona.
- ¿Habrá llegado ya á Bayona?
- Allí se detendrá muy poco, y á estas horas regularmente estará camino de Madrid.
- El embajador de Francia Beauharnais me anunció hace dias la venida de S. M. I. y R.
- A mí me parece, señor, que un huésped de tanta importancia debe ser recibido...
- Lo será con profundas muestras de respeto.
- Me parece que debían salir á su encuentro.
- Los duques de Medinaceli y de Frias con el conde de Fernan-Nuñez lo están esperando en Bayona.
- No lo creo bastante, señor.
- Mi hermano Cárlos está en Burgos.
- Respeto al hermano de un rey, pero quiero hablar á V. M. con la franqueza de un soldado.
- Hablad, general.
- El emperador de los franceses reúne al brillo de su corona la omnipotencia de su espada.
- El mundo entero conoce ya sus innumerables victorias.

—Por admiracion ó por miedo mas de una testa coronada ha salido á su encuentro ; unos para presentarle homenajes , para captarse su amistad otros. Yo desearia que V. M. hiciera por cariño lo que otros han hecho por temor: en una palabra, que saliese al encuentro de su poderoso y augusto aliado el emperador de los franceses.

La frente del jóven monarca se arrugó de nuevo , y guardó significativo silencio : el general siguió :

—Señor , si he ofendido á V. M.....

—No, Savary : no puedo considerar como una ofensa que me propongais salir al encuentro de mi poderoso aliado el emperador de los franceses : estimo en mucho su persona para que no crea una gran dicha tener el gusto de abrazarle ; pero al principio de un reinado pesan tantas y tantas atenciones sobre los hombros de un monarca , que estoy abrumado con su peso , y no sé cómo lograré desembarazarme de él , general.

—El viaje será de pocos dias ; pues encontrará V. M. en Burgos al emperador de los franceses.

—Hay ocasiones tan solemnes que equivale perder minutos á perder siglos.

—Es verdad , pero muchas de las dificultades que en este momento rodean al trono

de V. M. desaparecerán por ensalmo verificada la entrevista con S. M. el emperador.

—¿De qué modo?

—Reconocido V. M. por el emperador de los franceses como rey de España y de las Indias, perderán sus esperanzas los malévolos y cesarán muchas intrigas.

—Sí, dijo Fernando; pensaré detenidamente en el viaje.

Savary no creyó prudente insistir mas en aquel momento, y con la venia del monarca se retiró de la Real audiencia, congratulándose por el buen éxito que á su comision auguraba.

Terminada la ceremonia volvieron á reunirse en consejo para discutir sobre el mensaje que acababa de recibir el rey, y abrir nuevo juicio sobre el anunciado viaje. El monarca estaba mas sereno, y Escoiquiz que no podia disimular su gozo, fué el primero que habló diciendo:

—Mucho siento que no esté Cevallos para confundir su vana ciencia con lo que acaba de pasar. S. M. I. y R. el poderoso, victorioso y augusto emperador de los franceses, apenas ha tenido noticia de la subida al trono de nuestro augusto soberano S. M. D. Fernando VII, cuando ha nombrado á toda prisa un embajador extraordinario para que le felicite en su nombre y le proponga la continuacion

de la alianza que une estrechamente á dos poderosas monarquías.

—Yo creo , interrumpió el anciano Lemus , que el emperador de los franceses solo ha querido cerciorarse de que continuará influyendo en los consejos del rey de España , podrá disponer de nuestros ejércitos y llevarse nuestros tesoros.

—Me parece , dijo el monarca , que exageras mucho , Gil y Lemus.

—Quiera Dios , replicó el anciano , que no se cumplan mis pronósticos.

—No se cumplirán , replicó Escoiquiz , y si se siguieran los consejos de Gil y Lemus y Ceballos , nos atraeríamos la enemistad del emperador de los franceses , y sabe Dios.....

No concluyó Escoiquiz , pues interrumpió su discurso la llegada del que acababa de nombrar. Entró , pues , el ministro de Estado , y dirigiéndose al monarca , dijo :

—Perdóneme V. M. que no haya asistido á la audiencia ; pero un importante negocio me lo ha impedido.

—Por tí lo siento , replicó el rey. El mensaje del emperador ha sido altamente lisonjero.

—Y ha desvanecido , añadió Escoiquiz , los especiosos argumentos que V. usó , señor Don Pedro.

—Mis argumentos no tienen réplica. ¿ A

quién ha oído V. hablar , señor Escoiquiz ?

—Al edecan del emperador, general Savary.

—El general habrá usado , señores , frases altamente lisonjeras , y habrá hecho alarde de una franqueza militar , que sienta muy bien á un guerrero.

—Exactamente , dijo el rey.

—Habrá dicho que el emperador está pronto á reconocer á V. M.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Y habrá terminado su audiencia proponiendo á V. M. que vaya al encuentro del emperador de los franceses.

—Frase por frase.

—Para dar mas fuerza á sus razones habrá añadido que Napoleon ha pasado nuestras fronteras , y que V. M. lo encontrará á cortas leguas de Madrid.

—Que lo encontraré en Burgos me ha dicho.

—Ya ve V. M. que aunque no he asistido á la audiencia sé lo que ha dicho Savary.

—¿Cómo has podido averiguarlo?

—Porque lo que iba á decir el general lo sabia tambien otra persona.

—¿Quién es, Ceballos?

—Un español que , aunque ausente largos años hace de su patria , conserva un corazon honrado , pundonoroso y castellano : un español que ha venido á Madrid en compañía del

edecan de Napoleon , y me ha advertido que no confiemos en sus palabras , que no demos fé á sus ofertas ni nos rindamos á sus instancias : un español que no cree segura la persona de V. M. fuera del recinto de Madrid.

—¿Cómo se llama ese español?

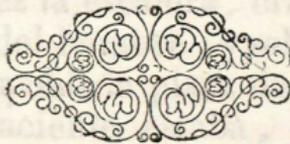
—Don José Martinez de Hervás.

Todos miraron á Ceballos con curiosidad y con recelo , quedando en profundo silencio; pero al silencio se siguió una sostenida polémica entre Escoiquiz , Ceballos y Gil y Lemus, sosteniendo el primero á todo trance la conveniencia del viaje , y oponiéndose los segundos con abundante copia de razones.

El monarca estaba dudoso entre tan diversos pareceres , y la mayor parte del consejo fluctuaba sin saber por cuál decidirse. La situacion era muy critica ; para verla con claridad se necesitaba un talento muy perspicaz, y para abordarla de frente un valor cívico á toda prueba. Los consejeros del monarca no abundaban en estas dotes ; pero Ceballos que era sin duda el mas entendido de todos divisaba graves peligros , y Gil y Lemus que á pesar de sus muchos años tenia valor y patriotismo, no temia lanzarse al peligro y se hallaba pronto á arrostrarlo.

El rey no conservaba ya aquella bizarra energía que le sostuvo algunas horas antes , y

procuraba hallar un medio que conciliase en algún modo tan encontrados pareceres; pero sus esfuerzos eran vanos, y fatigado con seis horas de continuada discusion, aplazó la resolución de tan importante negocio para la mañana siguiente.



CAPITULO XV.

Giovanna.

Las flores nacen en los campos bajo los arbustos silvestres; tiende sus pétalos la rosa entre las espinas de sus ramas, y el arroyo quiebra sus cristales en los ángulos de las rocas. La naturaleza presenta los mas complicados contrastes y en ellos funda su equilibrio, presentemos tambien nosotros junto á la política el amor, y al lado de semblantes graves un rostro alegre y juvenil.

Giovanna, la hermosa confidenta de la jó-

ven reina de Etruria pasen con recato y misterio por las acristaladas galerías del real palacio de Madrid: de vez en cuando mira al patio con interés, y retrocede al menor ruido temerosa de alguna sorpresa, ó no queriendo ser descubierta por indiscretos cortesanos que puedan contar al día siguiente su ronda de la prima noche. Impaciente está la florentina y casi resuelta á retirarse, cuando atraviesa el patio un hombre embozado en una ancha capa, se para en medio de él, y se quita tres veces el sombrero. Giovanna no vacila un instante, baja con rapidez la escalera, cruza el patio, se coje del brazo del hombre, y salen con desembarazo á la despoblada plaza de Oriente.

—Muy impaciente estaba, conde, dijo la jóven con dulzura, porque tardabas esta noche.

—No puedo vencerme, Giovanna. Estoy celoso como un tureo, y estaba resuelto á no venir.

—Pues hubieras hecho muy mal, conde.

—Qué quieres, hermosa Giovanna. Cuando estoy á tu lado tiemblo como un cobarde ó como un niño, y lejos de tí quiero hacer alarde de valor y temeridad.

—Tus deseos son muy criminales.

—Y mis obras muy inocentes. Esta noche juraba no venir y al fin he venido.

—Has hecho bien y te marcharás satisfecho.

—¿De veras, Giovanna?

—Voy á darte una prueba mas de mi amor.

—¿Una prueba?

—Tan grande, conde, que desaparecerán tus celos como la niebla de la noche cuando el sol asoma en Oriente.

—Hermosas frases de poesía.

—Qué quieres, conde: la imaginacion italiana se presta mucho á la poesía; pero con hermosas imágenes se puede decir la verdad.

—Habla.

—¿De quién estás celoso?

—Apenas puedo asegurarlo, pero me parece que lo estoy del gran duque de Berg.

—¿Y en qué lo fundas?

—En las misteriosas visitas que has solido hacer á su palacio.

—¿Qué te dije, conde, la noche que me sorprendiste?

—Me juraste que llevabas cartas al gran duque de parte de la reina de Etruria.

—¿Y tú no me quisiste dar crédito?

—No.

—¿Qué prueba me exijiste?

—Una carta.

—Si no hubieras venido esta noche te hubieras quedado sin la prueba.

—¿Qué dices, Giovanna?

—Que aqui tienes un pliego dirijido al gran duque.

Giovanna presentó un pliego al conde, y éste se apoderó de él con un júbilo imposible de explicar. El pliego no tenía sello, se aproximó el conde á un farol, y á su pálida luz leyó, despues de haber quitado el nema.

»Madrid 8 de abril de 1808.»

«Padre mio: el general Savary acaba de separarse de mi compañía. Estoy muy satisfecho de él, como tambien de la buena inteligencia que hay entre el emperador y mi persona, por la buena fé que me ha manifestado.

«Por este motivo me parece justo que V. M. me dé una carta para el emperador, felicitándole de su arribo, y asegurándole que tengo para con él los mismos sentimientos que V. M. le ha demostrado.

«Si V. M. considera conveniente, me enviará en respuesta dicha carta; porque yo saldré despues de mañana, y he dado órden de que vengan despues los tiros que debian servir á VV. MM.

«Vuestro mas sumiso hijo—Fernando.» (1)

—¿Qué es esto, Giovanna? dijo el conde. ¿Una carta del rey de España dirigida á los reyes padres, en manos de la reina de Etruria para pasar á las del gran duque?

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Nellerto.